



CAPÍTULO UNO

El Archivo Real espera que se hayan comportado bien este año, porque parece que Santa Claus ha llegado temprano para todos.

A pesar de los rumores de una cancelación debido a una tormenta de nieve poco oportuna del otro lado del charco, la famosa y traviesa familia real del Reino Unido dará un banquete oficial esta noche para la presidente de Estados Unidos, Hope Park, y el evento promete ser un caos absoluto.

En circunstancias normales, esta visita oficial llamaría la atención dado que la presidente Park es la primera mujer y la primera estadounidense de origen coreano en ocupar el cargo más importante de Estados Unidos. Pero, al igual que en cualquier otro evento importante de las últimas semanas, este logro histórico ha quedado opacado por la adición más reciente al árbol genealógico real de la Casa Windsor.

Así es: Evangeline Bright, la hija ilegítima estadounidense del rey, asistirá esta noche y, debido a sus aventuras pasadas, es casi una apuesta segura que hará algo en extremo inadecuado para robarle la atención (y los titulares) a aquellos que se han ganado su sitio en la mesa real.

En los cinco meses y medio transcurridos desde la

insípida y explosiva entrevista de Evangeline en BBC One, en la que detalló su propio comportamiento turbio que llevó directamente a la muerte de Jasper Cunningham, de la cual fue exonerada de cargos criminales gracias a un supuesto acuerdo secreto entre Scotland Yard y los abogados personales del rey, el palacio ha considerado oportuno imponerla a los británicos en casi cada ocasión. Inauguraciones de hospitales, eventos benéficos, incluso paseos que suelen estar reservados para miembros legítimos de la familia real: Evangeline ha participado con alegría en todos, lo cual nos dio una larga lista de errores y desaciertos. Sin embargo, a pesar del esfuerzo del palacio por hacerla tolerable, está demasiado claro que ninguna cantidad de entrenamiento para los medios y el protocolo pueden convertir a este sapo estadounidense en una princesa.

¿Cuánto tiempo más podrá la reputación ya manchada de la familia real soportar la maldición Bright? Mientras esperamos por ver el desarrollo del banquete oficial de esta noche y las indiscreciones inevitables de Evangeline, en *El Archivo Real* solo podemos disculparnos una vez más por revelar su identidad este verano y abrir la caja de Pandora que causó caos y enfado no solo en todo el país, sino en el mundo. Uno debe reconocer sus errores y nosotros nos arrepentimos de corazón por nuestra participación en este fiasco real.

Esperemos que nadie más termine muerto esta noche.

-*El Archivo Real*, 18 de diciembre de 2023

–Soy consciente de que ser puntual no es una de tus prioridades –dice Tibby, apretando su teléfono como si estuviera a punto de lanzarlo contra mi tiara–. Pero ¿podrías al menos *fingir* que te importa que estoy a punto de perder mi maldito trabajo?

Estoy posada contra la pared en la galería larga del castillo de Windsor, intentando mantener la cabeza erguida mientras intento acomodar una tira de mi tacón. Mi vestido no facilita nada la tarea y, cuando bajo el pie al suelo, el tacón se desengancha y casi rasga la tela borgoña brillante.

–Es mi zapato –murmuro mientras desenredo mi dobladillo–. Una de las tiras está suelta.

Tibby alza una ceja mientras intento de nuevo depositar mi peso sobre el calzado. De algún modo, a pesar de que ha sido un día obscenamente largo lleno de reuniones sin importancia y pruebas de vestuario de último minuto, el corte pixie negro de lady Tabitha Finch Parker-Covington-Boyle aún luce perfecto, y su vestido gris a medida no tiene ni una sola pelusa. Por desgracia para ambas, aún no he adquirido ese superpoder en los seis meses que ella ha sido mi asistente personal / niñera, y a nadie le preocupa más mi fracaso para desarrollar una nueva personalidad que a Tibby.

–No me importa si el tacón se rompió y estás caminando de puntillas –dice–. No *podemos* llegar tarde, Evan.

–No estamos tarde. –Mientras retomo la marcha con un andar irregular evidente, miro a través de la ventana hacia el patio oscuro. Una fila de vehículos lujosos serpentea a lo largo del ala opuesta del Castillo de Windsor, y lacayos reales sujetan paraguas mientras los invitados de esta noche bajan de sus carros y enfrentan la tormenta de diciembre–. Bueno, estamos un poquito retrasadas, pero...

–No existe estar “un poquito retrasadas” –responde Tibby–. Si Su Majestad descubre que no estás, mi cabeza será la que rueda, no la tuya.

–Estará demasiado ocupado con la presidente para notar mi ausencia. Además, no me necesitan para las fotos y no tengo que acompañar a nadie dentro.

–Un descuido imperdonable –dice Tibby, irritada, como si eso también fuera mi culpa–. Eres la hija de Su Majestad y eres estadounidense. Deberías estar en la procesión, preferiblemente del brazo de un familiar de la presidente. Tu ausencia solo iniciará otra ola de rumores en la prensa.

–Inicio rumores solo con respirar –respondo–. Además, sería un insulto hacer que acompañe a alguien importante.

Tibby resopla.

–Ilegítima o no, igual tienes sangre de la realeza.

–Y esa es la única razón por la que participo de estos espectáculos ridículos para empezar. Sumado al hecho de que el universo tiene un sentido del humor horrible.

Cuando giramos en una esquina y pasamos junto a los recintos privados de la familia real, mi cuero cabelludo late. Extiendo la mano para acomodar la tiara de la reina Florencia que está fijada en mi recogido trenzado, pero antes de que mis dedos siquiera rocen la joya resplandeciente, Tibby aparta mi mano.

–No te atrevas –dice con más vehemencia de la habitual–. ¿Imaginas los titulares si tu tiara se cae frente a la Rotación Real? Solo la metáfora será...

–Las horquillas se me clavan –protesto–. Creo que me sangra el cuero cabelludo.

–Ignóralo. El banquete no durará más de tres o cuatro horas.

–¿Tres o cuatro...? –La miro boquiabierta–. ¿Nunca oyeron hablar de los Convenios de Ginebra?

–Eres de la realeza, querida –dice con el tono despectivo que siempre usa cuando me quejo–. Los Convenios de Ginebra no aplican a ti.

Empiezo a protestar, pero antes de que pueda pronunciar una sílaba, Tibby voltea para enfrentarme y me tambaleo al detenerme.

–Entiendo que estés incómoda, Evan –dice rápido en voz baja–. Entiendo que preferirías no pasar horas sentada escuchando a un grupo de políticos intercambiando cumplidos para sentirse importantes. Pero es el precio que hay que pagar por ser de la realeza. Este es el precio que pagas por vivir en un castillo con cualquier recurso que pudieras necesitar, con acceso a cualquier oportunidad con la que hayas soñado y tu privilegio es algo que solo un puñado de gente más tiene, y si me dices una maldita vez más cuán incómodos son tus zapatos de diseñador, tu vestido de alta costura y tu tiara invaluable, te *estrangularé*.

Por un largo instante, nos miramos en silencio. Tiene razón, por supuesto, cada palabra es cierta, y odio que hace seis meses yo también me hubiera estrangulado a mí misma por actuar así.

–Lo siento –balbuceo, mis mejillas empiezan a arder–. Creo que estoy pasando demasiado tiempo con Maisie.

–Los defectos de su Alteza Real no son una excusa para los tuyos –replica a secas, pero por fin se aparta y continuamos avanzando por el pasillo hacia los apartamentos de estado–. El pueblo te observa, Evan, y se merece más que otra mocosa desagradecida. En especial cuando les ofreces la esperanza de que tal vez sus vidas también puedan convertirse en un cuento de hadas.

Resoplo.

—¿Así que ahora se considera un cuento de hadas que te acusen de homicidio y que expongan todos tus secretos ante el mundo entero?

—¿Acaso no leíste a los hermanos Grimm? —dice Tibby—. Los homicidios son prácticamente un requerimiento para el argumento. Si queremos tener la oportunidad de llegar a tiempo, tendremos que ir por aquí.

Me lleva a toda prisa a la capilla privada de la familia real, algo sacrílego seguro, aunque sin duda el único pecado que le preocupa a Tibby es la impuntualidad. Ahora avanza tan rápido que me veo obligada a avanzar dando saltitos extraños para seguir su ritmo, pero cuando por fin llegamos a la entrada del salón de San Jorge, me detengo en seco... y ella también.

Aunque por lo general el salón inmenso está vacío, excepto por los omnipresentes retratos, los bustos de mármol y las armaduras que decoran las paredes, ahora hay una mesa con capacidad para doscientos asientos de punta a punta, cubierta de arreglos florales inmensos y festivos y más platos y utensilios de los que he visto jamás. Y dado que mi vida, si bien es encantadora hace poco, nunca puede ser justa, casi todos los invitados ya están dentro mientras una flota de lacayos les muestran sus asientos.

Tibby dice una grosería.

—Mantén la cabeza en alto, pero avanza rápido —susurra y esta vez no me quejo mientras avanzamos hacia la salida más cercana. Sin embargo, antes de que podamos avanzar más de seis metros, una mujer al final de la mesa emite un grito ahogado.

—¿Evangeline? —dice, su voz, por piedad, es baja. Algunos de sus acompañantes también voltean a verme y yo sonrío y llevo un dedo

sobre mis labios. La sorpresa de la mujer pronto se convierte en diversión conspiratoria, y aunque no soy una princesa, o siquiera un miembro oficial de la familia real, ella inclina la cabeza en una reverencia.

Un murmullo creciente nos sigue a Tibby y a mí, y ahora me esfuerzo todo lo posible por caminar bien con mi zapato poco cooperativo, muy consciente de todos los ojos puestos en nosotras. Es solo pura suerte por lo que no tropiezo y caigo de bruces y cuando por fin llegamos a la salida más cercana, Tibby prácticamente me arrastra por la puerta...

Y me lleva directo en medio de una explosión de flashes.

—Ah, Evangeline —dice una voz grave cuando la puerta se cierra detrás de nosotras—, me alegra que hayas llegado a tiempo.

Su Majestad el rey Alexander II, monarca del Reino Unido y de los reinos de la Mancomunidad, está a cinco metros de nosotras en la gran recepción opulenta, con sus ojos azules clavados en mí. Aunque tiene su cabeza apenas calva al descubierto, su esmoquin está cargado de fajas y medallas que él nunca ganó, y aunque no es en particular alto o imponente, todo en la sala parece girar a su alrededor como si él fuera la única fuente de gravedad.

A su lado está una mujer de mandíbula cuadrada que reconozco de inmediato como la presidente Park. Están posando para un grupo de fotógrafos y miembros de la Rotación Real, el grupo de reporteros cuyo único trabajo es informar sobre la familia real, y ambos aún tienen una sonrisa amplia, aunque ahora cada cámara apunta hacia mí.

Perfecto.

Lo siento, digo con los labios sin emitir sonido mientras el rubor profundo se despliega por mi rostro. Debería hacer una reverencia, o al menos inclinar la cabeza como muestra de respeto. Pero como

Tibby suele lamentarse, no soy en lo absoluto buena cumpliendo reglas, y mientras tenga la doble ciudadanía, me niego a inclinarme ante nadie, ni siquiera ante mi padre de paciencia infinita.

A él parece no importarle y cuando me guiña el ojo antes de mirar de nuevo a la presidente Park, sé que me han perdonado mi entrada inesperada. Al menos él lo ha hecho. Tibby es otra historia, y mientras aprieta mi brazo en una supuesta muestra de apoyo, estoy segura de que solo es para medir cuánto ácido necesitará para disolver mi cuerpo después de asesinarme por esto.

Mientras los fotógrafos centran con pesar de nuevo la atención en la atracción principal, me escabullo a un rincón vacío e intento hacerme lo más pequeña posible. De algún modo, en la mayor muestra de autocontrol que he logrado hacer desde mi llegada a Inglaterra, resisto la necesidad urgente de asegurarme de que mi tiara no se ha movido de su sitio. Dada la cantidad de horquillas que están clavándose en mi cuero cabelludo, sin duda está en donde la dejé, pero el comentario de Tibby sobre los titulares y la caída de mi corona me atormenta como una premonición que no puedo olvidar.

—Y ahora nuestras familias —anuncia Alexander, y hace un gesto hacia el otro extremo de la habitación, donde hay un grupo reunido. Veo dos tiaras movedizas en el mar de trajes y vestidos y por fin la reina Helene aparece seguida de la princesa Mary.

Admito que no hace falta demasiado para que me sienta una impostora la mayor parte del tiempo, pero con solo mirarlas, me sumo aún más en las sombras metafóricas. Ambas son preciosas: la clase de belleza que solo el dinero puede comprar, pieles perfectas de porcelana, cabello resplandeciente y sonrisas blancas enceguecedoras. Mi madrastra escultural tiene puesto un vestido marfil suelto y lleva el

cabello recogido sobre la base de su corona brillante y es evidente por qué ha sido declarada la mujer más hermosa del mundo por muchas revistas. Todos en la sala la miran... Todos, excepto mi padre.

Maisie, mi media hermana igual de elegante, lleva un vestido zafiro cubierto de cristales, pero nada opaca la tiara intrincada posada sobre sus ondas rubias cobrizas. Sin embargo, hay algo apenas extraño en su expresión, algo frío y un poco tenso, pero no lo suficiente como para afectar la atmósfera de la sala. Podría ser cualquier cosa, desde la indignación por usar un color que no le encanta a un problema genuino que debe ignorar por un par de horas para convertirse en Su Alteza Real la princesa Mary, heredera del trono y futura reina del Reino Unido, y tomo nota mental para no olvidar preguntarle si está bien.

Mientras avanzan por la sala, las acompaña un hombre afeitado que reconozco como el esposo de la presidente Park y un chico adolescente que no logro identificar con facilidad. Pero no hay dudas respecto a quién es, no cuando tiene la misma mandíbula cuadrada de la presidente y el porte ágil de su esposo.

Cuando su madre fue electa hace tres años, Thaddeus Park era tímido, torpe, y conocido por su amor por *La guerra de las galaxias*. Ahora, a sus dieciocho años, *sin duda* ha crecido para hacerle justicia a esa mandíbula. Y esos pómulos. Y esos hombros. Me doy cinco segundos para mirarlo antes de apartar la vista y recordar que tengo un novio tímido y tan torpe que es adorable quien, hace menos de treinta minutos, le envió a Tibby un mensaje para desearme buena suerte esta noche, seguido de una única X para indicar un beso, lo cual, al parecer, solo usa conmigo.

Tibby silba por lo bajo mientras también admira la vista y la golpeo con suavidad con mi codo.

–Tiene mi edad –siseo–. Robacunas.

–¿Cuántos años crees que tengo? –dice horrorizada y me encojo de hombros.

–Los suficientes para ser mi niñera.

–No soy tu *niñera* –dice con exasperación familiar–. Soy tu asistente per...

–Señorita Bright.

Un hombre mayor con barba corta entrecana sale de entre la multitud y aunque está rígido y posee un aire de formalidad, hay un brillo divertido en su mirada.

–Señor Jenkins –respondo, reprimiendo una sonrisa. Aunque he conocido a Jenkins hace más tiempo que nadie, nunca lo había visto de esmoquin, y él también luce una cantidad impresionante de medallas, incluida la estrella de los caballeros de la Orden Victoriana Real. Nunca podré aprenderme lo que las personas como Tibby y mi media hermana han sabido casi desde la cuna, pero siento que es un pequeño triunfo haber reconocido la medalla–. Lamento que llegáramos tarde. No es culpa de Tibby...

–No te preocupes por eso –dice con su comprensión amable habitual–. Su Majestad ha pedido que lo acompañes junto a la familia Park para estas fotografías.

Parpadeo. En efecto, cuando miro por encima del hombro de Jenkins, mi padre está riendo por algo que el señor Park dijo, pero su mirada encuentra pronto la mía y él inclina la cabeza hacia los demás.

–¿De verdad? –pregunto en voz baja, pero ya tengo mi respuesta–. ¿Estás seguro de que no arruinaré la sesión de fotos? ¿O que no insultaré a la primera familia?

–Bastante seguro –dice Jenkins y me ofrece un brazo–. Si me permites.

Tibby me empuja despacio por mi espalda baja y entrelazo mi codo con el de Jenkins mientras hago mi mayor esfuerzo por no cojear. Quizás quitarme mi zapato roto no sería la peor idea del mundo, aunque signifique que perderé al menos diez centímetros. Pero antes de que pueda considerar las ventajas y las desventajas, Jenkins me entrega a Alexander y es demasiado tarde ahora para hacer algo al respecto.

–Luces preciosa –susurra mi padre, besando mi mejilla–. ¿Por qué Maisie y tú no se colocan junto a Thaddeus?

Si bien espero que él y la presidenta estén al frente en el medio, ambos se apartan y nos colocan a los tres entre ellos, Thaddeus Park parece una torre junto a mi media hermana y a mí. Y mientras él me mira, juro que sonrío.

–Un gusto conocerte –dice con un acento estadounidense igual al mío. Sin embargo, ahora estoy tan acostumbrada a oír infinidades de variedades en el Reino Unido, que suena extraño y desconocido para mis oídos–. Esperaba que vinieras.

–¿Sí? –digo sorprendida–. ¿Por qué?

Ríe y, si bien es la clase de risa que probablemente hace a la mayoría sentirse cómoda, me molesta.

–¿No es evidente?

–En realidad, no –digo y antes de que él pueda explicar, o que pueda formular una respuesta astuta lo que parece más su estilo, el fotógrafo oficial del palacio tose. Los siete miramos al frente y sonrío, esperando con todas mis fuerzas que mi pico repentino de ansiedad no se note en mi expresión.

–Un poco más cerca, si es posible, Majestades –dice el fotógrafo, y si bien está claro que se dirige a mi padre y a Helene, que podrían insertar un continente entre ambos, Thaddeus también se aproxima a mí.

Es un movimiento ínfimo, apenas uno o dos centímetros, pero me aparto por instinto y ese cambio menor es demasiado para mi zapato. La tira se rompe y, con una puntada de dolor en el tobillo, de pronto me caigo y estoy a punto de derribar a la presidente conmigo.

Pero entonces, como si fuera una coreografía que hemos practicado, Thaddeus me atrapa sin esfuerzo, sus brazos fuertes y firmes me rodean. Doy un grito ahogado, y mientras asimilo despacio lo que está pasando, me doy cuenta de que estoy mirándolo directo a sus ojos oscuros.

Clic.

Una cámara dispara y luego otra, y otra, hasta que lo único que escucho son los ecos de los obturadores y teléfonos mientras cada fotógrafo presente y cada miembro de la Rotación Real toma nuestra fotografía. Con una sonrisa de autosatisfacción, Thaddeus me ayuda a incorporarme, su mano permanece sobre mi brazo expuesto mucho más de lo que debería. Y si había dudas respecto a qué imagen usaría la prensa para los titulares de mañana, ya no las hay.

Maravilloso.